

EL TRAZADO Y AMBIENTE DEL BARRIO DE ALFONSO XII

LUIS PEREZ MINGUEZ

En la época en que se hizo el barrio de Salamanca se acababa de realizar la reforma de París. Fue aquello una bomba de una capacidad expansiva extraordinaria. La influencia de París en todo el mundo era clarísima. Madrid, en aquella época, no sentía la sensación de una ciudad excesivamente grande. No notaba el agobio por falta de espacios verdes, y, sin embargo, apetecía el ambiente europeo. Deseaba es-

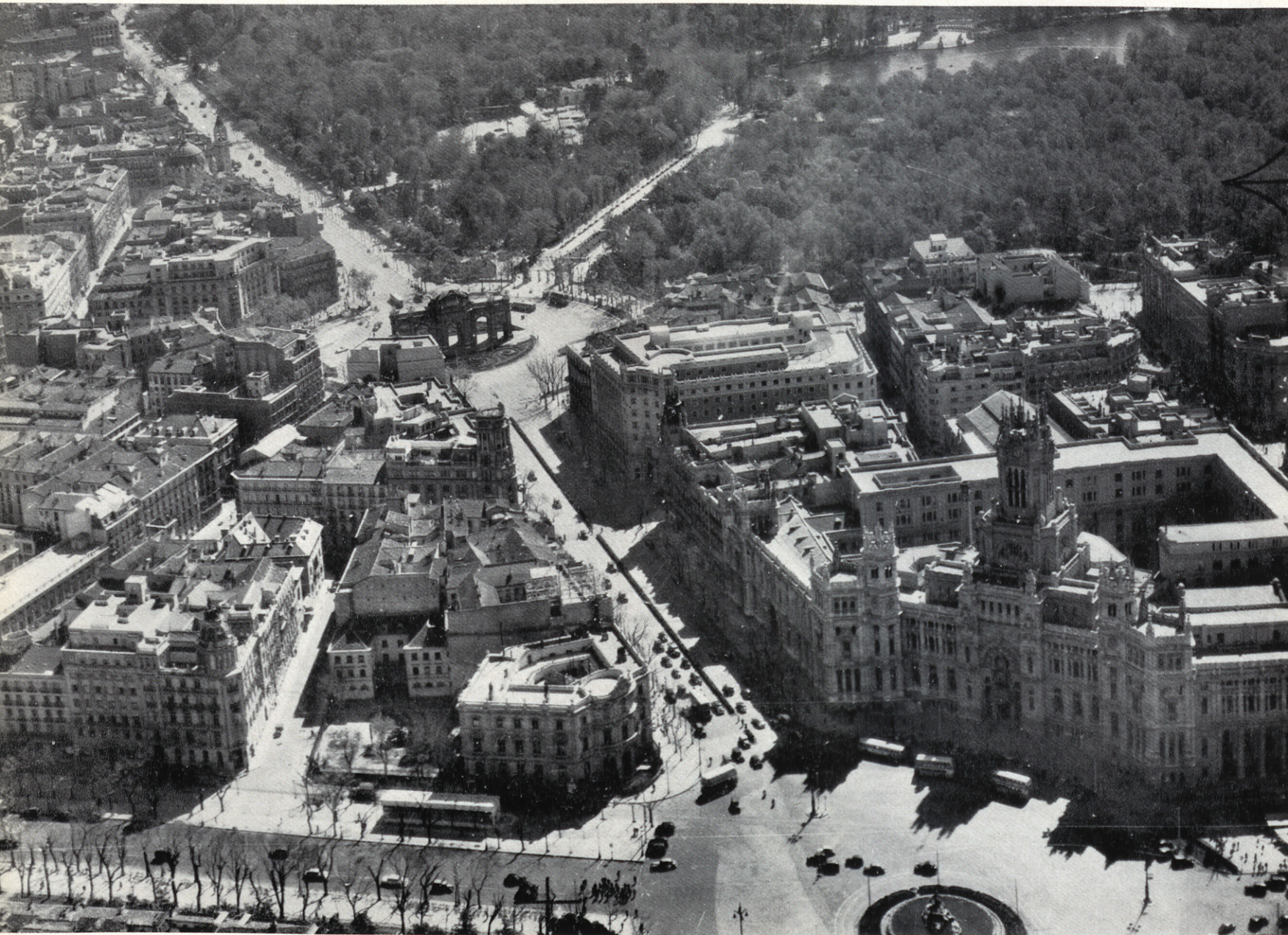
tar al día, deseaba ser moderna. Algo así como París.

Frente al barrio de Salamanca, la zona baja del Retiro era un entrante de zona verde que dificultaba la expansión natural.

Probablemente por estas razones, junto con la presión de los financieros que estaban embarcados en el negocio, decidieron a la Casa Real a ceder aquella parte del Retiro con la obligación moral de ser tra-

tada con gran categoría y dignidad. Este momento fue el origen de lo que llamamos ahora Barrio de Alfonso XII.

Entonces se proyectó el monumento del 2 de Mayo, el Ministerio de Fomento, Correos, la Bolsa... Acababa de ser inventada—entonces todo eran inventos—una pieza urbanística que hasta entonces no se había realizado nunca: el gran hotel. Surgieron el Palace y el Ritz, con categoría ex-



cepcional, con carácter de piezas capitales, y se instalaron por tanto en esta zona. El Ayuntamiento, para dar mayor realce, cedió el jardín del Ritz, que sigue aún siendo propiedad municipal.

El barrio de Salamanca ya tiene las características típicas del negocio especulativo porque va a tipos de vivienda no humilde, sino de clase media, que más bien evoluciona a clase alta. Es un caso bien distinto del barrio de Alfonso XII.

A Salamanca uno de los negocios que le proporcionaron la ruina fue este barrio suyo. Tal vez porque no se había planteado en el momento oportuno, al principio fue un fracaso. Luego se ha visto que el negocio es fabuloso y se ha repetido el mismo fenómeno de Roma, de Berlín, de Londres.

El barrio de Alfonso XII, sin embargo, era una selección no sólo de tipo económico o financiero, sino cultural y artístico. Aquí se establecía la minoría más escogida.

Es notable cómo hubo, en una época, una concentración de estudios de pintores en este barrio. Yo conocí dos o tres pintores de cierta categoría que buscaban el carácter de él: Sotomayor y algunos más. Había también escritores: Pemán, Baroja...

Los edificios singulares ejercían un gran atractivo. La Academia, ya de por sí, atraía a todo el grupo de literatos de primera fila. El Museo, a los pintores...

Fue un intento de hacer un urbanismo de alta burguesía y de gran estilo, un poco copiando o calcando las fórmulas que entonces ya se habían planteado en París y haciendo una concentración de ellas en todo el sector. El eje cóncavo de los Campos Elíseos, con el remate del Arco de la Estrella, tiene del orden de 3 a 4 kilómetros; sin embargo, nuestro eje, cóncavo también, que termina en Puerta de Alcalá, es mucho más corto. Desde el otro extremo de la vaguada, aproximadamente por donde está la calle de Barquillo, de donde se ve al fondo, la Cibeles y, por encima, al final, la Puerta de Alcalá, escasamente tiene medio kilómetro.



El barroco francés de París es colosal; el de esta zona es mucho más reducido y humano. Es interesante acusar estas diferencias de escala que proporcionan a este barrio un carácter tan íntimo, tan lleno de ambientes de calidad. Todo muy próximo. Los Jerónimos, al lado de la Academia, a la vera del Museo del Prado. Ambientes emapados de una atmósfera de intimidad, en contraste con aquel trazado de ejes enormes que se alargan kilómetros y kilómetros.

(Al final del eje de los Campos Elíseos está el Arco de la Estrella, al lado del Bois de Boulogne. Exactamente igual que aquí, junto a la Puerta de Alcalá, está el Retiro. Coincidencias pueden ser pura casualidad, pero estimo interesante el señalarlas.)

Se aprecian también influencias claras en algunos elementos de composición axial. La forma de situar y de resolver El Casón buscando un eje enfrentado a una vía que le ataca directamente. Es casi de tradición barroca recogida por el neoclásico.

Desde un punto de vista urbanístico, lo más típico de París es su época de tradición barroca; es el montaje de planeamiento urbano a base de grandes ejes con su foco de atracción al final, condición que hace prácticamente imposible que el caso de Madrid sea un "calco" de París por causa de la topografía movida de Madrid, que, de otra parte, le da su peculiar atractivo y un estilo muy propio. Las laderas de las vaguadas muestran unas pendientes que en ningún caso se encuentran ni en París ni en

ninguna otra de las grandes capitales europeas.

La cuesta excesivamente pronunciada de sus calles principales: la calle de Alcalá, la Carrera de San Jerónimo, la calle de Atocha, caracterizan a la ciudad emplazada más cerca del nacimiento del río donde se instala que de la desembocadura.

El no tener en cuenta esto trae consigo la equivocación que vimos en la apertura de la prolongación de la Castellana, al romper esta asombrosa topografía de Madrid con su vaguada longitudinal. Aquellos desmontes costaron muchos millones y siguen tarando toda la edificación de la zona. Es un caso claro de falta de fidelidad a las cons-

tantes urbanísticas de la ciudad. Veo un acierto en la forma en que Villanueva proyectó el Museo del Prado, situando las fachadas a distintos niveles, dejando intacta la ladera con un sentido exacto del paisaje urbano.

La adecuada adaptación al terreno se observa desde la Carrera de San Jerónimo;



bajando al Prado, se despliegan todos los edificios principales, presentándose con una armonía cada uno de ellos que hacen de este conjunto una de las piezas maestras de Madrid.

En esto está precisamente el nervio y la sustancia de Madrid, en aquellas posibilidades de desplegar en anfiteatro una serie de edificios perfectamente situados en un punto clave, para poder disfrutar de toda la visión de conjunto. Cada pieza con su ámbito, con su contorno propio, sin molestar, sin perjudicarse, porque están estupidamente dosificadas las separaciones.

Las consecuencias de establecer un planteamiento sin tener en cuenta estos puntos de vista lejanos, los tenemos ya en la Castellana. Esas casas que dan a Serrano sin valorizar el interés de presentar la fachada noble dando vistas a la Castellana, que es desde donde se ven desde lejos, ponen de manifiesto una clara falta de criterio.

Es preciso estudiar a fondo estos matices, contemplar los edificios desde su punto de vista natural, valorizando la presentación de las fachadas en su verdadera categoría.

El proyecto ordenador de todo el eje de la Castellana está inédito. En el Arroyo Abroñigal sucede lo mismo, al igual que en todas las vaguadas principales de Madrid.

Madrid es una ciudad que tiene unas formidables características para ser explotadas y podía ser una de las ciudades más bonitas del mundo si se aprovecharan concienzudamente y con sensibilidad.

Echemos ahora un vistazo—para volver a centrar el tema del barrio de Alfonso XII— a las condiciones sociales, a sus viviendas y a su organización, durante el período de su máxima vitalidad.

Existen en este barrio una variada gama de tipos de viviendas que presentan con mucha jugosidad sus aspectos más humanos. Un tipo muy peculiar de convivencia social aparece claramente señalado.

Esta variante de viviendas se podría cla-

Fotos
Gómez.



sificar en un grupo intermedio que oscilaría entre el palacio y la casa señorial de pisos.

En ellas la planta principal se reserva para el dueño. En una sola casa con un solo portal, convive el señor, casi siempre sus hijos o amigos íntimos vinculados a él. Este género de convivencia en una sola casa, con un solo portal, se extendía a casas de distinto tipo más modesto, que podíamos decir se distingue por la separación de los huecos de fachada. El módulo, hueco y vano. Es decir, que conforme las casas y las familias iban siendo más modestas, los huecos se juntaban, las habitaciones iban siendo más chicas, el gran salón desaparecía. Existía ya lo que ahora se llama una unidad vecinal dentro de una gama de familias de grupos sociales claramente definidos. Es decir, que la familia burguesa de gran

categoría necesitaba la proximidad de las viviendas de otras personas que les servían, y éstos vivían precisamente próximos a aquellos en estas casas que tienen sus huecos más juntos, que no tienen salones y cuyo espacio está muy bien aprovechado. Tienen sus patios pequeñitos.

En estas casas más modestas es donde se alojaban las tiendas de uso diario, la carnicería, la pescadería..., como son las de Juan de Mena...

Todo ello un poco embarullado, pero con gracia. No había un plan preconcebido, sino que se hacía así, espontáneamente... Y en este mismo carácter de espontaneidad es posible que se encuentre una de las notas que condicionan el ambiente y la atmósfera de este barrio.

Espontaneidad, por cierto, que quizá sea también aleccionadora.